

EL VIEJO POETA

De El Corrillo a la Plaza de Anaya, por La Rúa, se dirige el viejo poeta con el largo cabello escarchado. Su noble tez morena está bruñida por el viento. Si no fuera por la impecable chaqueta y la corbata, se le podría confundir con un chamán indio o con un anciano guerrero apache. Su estado de ánimo lo dictan el cielo y los astros. Cuando el sol desnudo le acaricia la piel del rostro su alma resplandece y durante el trayecto se detiene caprichosamente, regalando a las jóvenes poemas manuscritos en servilletas de papel para robar un beso paternal o una sonrisa. En esos días siente deseos de amar y ser amado.

En cambio, si las nubes empiedran el éter o el sol se vela, su espíritu se empaña y nadie sabe en qué mundo se encuentra ni qué frontera ha traspasado. Va hablando solo, furibundo, con los ojos enfoscados y salvajes, litigando con una sombra que asegura llevar a su lado, aquella sombra a la que acusa de haber plagiado su obra. No tiene nada ni tiene a nadie. Solo un fantasma lo acompaña. Camina con un cuaderno bajo el brazo y el puño encrespado, gritando, gesticulando con dureza. A veces llorando de desesperación e impotencia, perdido en una ficticia fachada plateresca. Los que no lo conocen se apartan de su paso, temerosos.

EL VIEJO POETA

¡Impostora! ¡No quiero escucharte! ¡Calla! Tus palabras son batir de alas negras. Me has arrebatado la juventud, el ingenio y la belleza... Mis ojos ya no reconocen mi alma. Lees y relees los versos que compuse a quien amé de antiguo, mancillándolos con tu cruel mirada. En el crepúsculo de mi existencia ya son tuyos. También aquellos que ensalzaron lo humano y lo divino los has sostenido con tus hirsutos dedos hasta hacerme enloquecer. Te has apropiado de todo y, aún así, bailas a mi alrededor tu danza macabra. ¡Deja de burlarte de mí! ¡Vete! ¡Ya no me resta juicio con el que sustentarte!

El viejo poeta avanza por La Rúa, ingobernable y fiero, espoleado por un espectro ilusorio. Una mujer y una joven, a las que ayer regaló unos versos, lo divisan.

LA MUJER

¿Qué le sucede al viejo poeta? ¿Habla solo?... Porque camina solo. ¿A quién intenta apartar con gesto violento? Ayer era caballerosidad y esplendor. Hoy anda turbio y opaco como si atravesara una ciénaga.

LA JOVEN

¿Qué le sucede al viejo poeta? Es cierto. Habla solo porque camina solo, pero es como si algo espantoso lo rondara. Mira el gesto de dolor de su rostro. Mira la herida mueca de desesperanza. Ayer me besó en la mejilla cálidamente... Hoy me da miedo su sola visión... ¡Me da miedo! ¡Me aterra!

La mujer y la joven se cambian de acera, presurosas. El viejo poeta ni siquiera se percata. Hostigado por la sombra prosigue, engullido por su sincera irrealidad. Frente a él se aproxima un universitario que lo conoce y aprecia desde hace cuatro años. Sabe muy bien de su luz y de su sombra. Desde la distancia ya ha percibido el asedio que sufre el viejo poeta. Le impide el paso con una sonrisa.

EL UNIVERSITARIO

Viejo poeta. No desesperes y seca tus lágrimas. ¿Qué te angustia, querido amigo? ¿Por qué maldices? ¿Qué dolor te aqueja?

El viejo poeta se detiene y le mira a los ojos. Parece hallar un resquicio de cordura en su razón turbada. Lo reconoce.

EL VIEJO POETA

Hijo mío... Esta sombra me lo ha arrebatado todo y, aún así, no se conforma. Me tortura sin piedad murmurando los versos que he compuesto con su aliento silbante y profano. Eran lo único que me restaba. Mis versos. Ella lo sabe y me atormenta con ellos, susurrándolos pálidos y marchitos, como una letanía de difuntos. Me los escupe como cuerpos fríos, sin pulso, muertos, cubriendo mi alma con una costra de cadáveres que la asfixian. Hace tiempo que vino a mí desde muy hondo guiada por mi ya extinta llama. Hijo mío... Cuídate de vivos y muertos porque las almas de ambos envidian lo mismo. En mi juventud fui uno de los más grandes poetas y por ello pagué las consecuencias en esta vida y tal vez incluso en la venidera... Todos me escupen... ¡Me escupen! Pero escucha y aprende... ¿Sabes por qué el sapo escupe a la luciérnaga?... Porque brilla...

El universitario contempla con compasión y cariño al viejo poeta. Apoya su mano joven en el hombro cansado del anciano y contempla el abismo a través de sus pupilas. El viejo poeta mantiene la mirada, anhelante de un atisbo de esperanza.

EL UNIVERSITARIO

No te preocupes, amigo mío. Yo te conozco y sé que tus versos son tuyos. No te tortures e ignora ese fantasma que te acompaña. Hace frío. Toma mi brazo y vayamos a un café. Allí me cuentas.

El viejo poeta, tembloroso, se aferra al brazo del muchacho, anclándose finalmente a la realidad. Los tres juntos atraviesan la Rúa.